



Vía Bucaramanga-Bogotá, octubre de 2012

# Una galería de arte al aire libre

Patricia Nieto

**L**os sábados son días de espuma en La Loma. Una vez los *chincherrys* anuncian el amanecer con sus cantos de tres sílabas, las mujeres se abren paso entre las sábanas, rumbo a su encuentro semanal con el agua serenada en un estanque. Antes de

agitarla la usan como espejo y, luego de ajustar peinado y traje, sumergen lentamente dedos, manos y brazos para sentir frío en todo el cuerpo. Después de este baño mañanero, regresan al interior de sus casas de madera y rescatan brazadas de ropas en las que hunden

sus caras como buscando una caricia. En pocos minutos, en las montañas, que son el corazón de la isla de San Andrés, el agua corriente es música, el aroma de los jabones viaja con la brisa y la espuma rebosa en las poncheras.

mujeres toman sorbos de café y preparan el cocido de caracoles que apenas coge calor en la cocina.

De regreso al oficio, toman prendas de cada recipiente y de una en una las frotan con sus



Barrio La Boquilla, Cartagena, Bolívar, octubre de 2012

Desde las vías estrechas que comunican la playa con La Loma es posible ver, de patio en patio, a las lavanderas sabatinas. Inclinas sobre las ropas, con una línea de agua marcando sus cinturas, remojan las prendas que cubrieron sus cuerpos, los de sus maridos y los de sus hijos durante seis días y las abandonan en platonos de plástico expuestos al sol, después de rociarlas con variedad de jabones: Rey, Irex, 1, 2, 3. Mientras el agua, el jabón y sol penetran en las telas para aflojar tiznes y percutidos, las

manos, con cepillos, con una piedra lisa para hacerles perder, además del polvo, los humores acumulados en largas jornadas de trabajo bajo del sol del Caribe. Las abuelas de las lavanderas de hoy lo hacían de otro modo. En poncheras de zinc, importadas de Panamá, instalaban el rallador: un marco de madera que sostenía un vidrio grueso, muy fino y pleno de perforaciones. Sobre esta plancha extendían la camisa y, ayudadas de un cepillo, la repasaban hasta quitarle los trazos mugrosos.

Extendidas en los patios de cemento, en los techos de barro, en los corredores de madera, las ropas ya estregadas reposan de nuevo y sus lavanderas se internan en la sombra de la casa. Al lado de los caracoles también hierven cinco puñados de arroz que en breve tomarán el sabor de las muelas del cangrejo bañadas en jugo de limón. Solo las cocinas siguen en pie porque las otras mujeres y los niños han desbaratado camas y arrumado sillas para bañar la casa por dentro. El piso, cubierto por un tapete de espuma, indica que el aseo no estará terminado antes de la hora del almuerzo.

Después de cargar a los bebés sobre sus vientres empapados, las lavanderas regresan al patio. Toman prendas pequeñas y la sumergen en agua limpia, fresca, extraída con motobombas del subsuelo o acumulada durante algún aguacero. En el fondo del recipiente, las mujeres agitan faldas cortas, sostenes, calzoncitos, camisillas, esqueletos hasta retirarles el jabón y luego, por encima de la superficie, las escurren con la pretensión que ni una gota se pierda en ese lugar de cielos y mares aguamarina donde no hay fuentes de agua dulce.

En unos minutos el agua jabonosa será retirada por la tropa de la casa, que la destinará al lavado de baños y mesones. Pantalones, blusas, pañuelos, faldas, camisas, bombachos, medias, calzoncillos, camisetas caen, de uno en uno convertidos en ovillos, en un cesto con todas las

prendas ya han pasado por la fuerza delicada y los ojos atentos de las lavanderas. A ellas no se les escapa un sucio, una costura suelta o un botón a punto de desprenderse. Para sábanas y cortinas llegan los niños como auxiliares de escurrido. Cada uno toma una punta de la tela y, según instrucciones de la madre, la enrollan y dan pasos cortos hasta que la tela es un envoltijo que cabe entre los brazos del más pequeño.

Después del juego, todos regresan a la casa. En platos hondos humea el cocido de caracoles, recortes de pescado, plátanos, yucas y ñame aliñados con cebolla, ajo y tomate. Lo comen con prisa y lo pasan con limonada. Después la familia entra en el letargo propio de las dos de la tarde. Los niños reposan sobre el piso recién cepillado y las mujeres siguen en sus mecedoras sosteniendo, sobre las piernas, el plato ya vacío. Un rato después, cuando las lavanderas sienten el dolor en la espalda como fuego, regresan al patio para dar las últimas pinceladas. Sobre las tendederas disponen las prendas agrupadas por colores. Las amarillas, las blancas, las violetas, las celestes, las bordó. Se desplazan por las cuerdas abriendo espacios allí y allá para acomodar el calcetincito blanco, las tiras verdes del brasier, la falda marrón. Antes de las cinco de la tarde, La Loma es una galería de arte al aire libre amenizada por las voces de los cantantes locales que todavía recuerdan el estilo

de The Magical Beat, el exitoso grupo local de los años 90.

Las lavanderas, entre ellas Berenice que es portada de esta *Agenda Cultural*, se han dispuesto ya para la nueva jornada: lavar sus cabellos y convertirlos en alucinantes obras que se verán en unas horas en los templos. Los domingos son días de *glamour* bajo el cielo sin nubes del Caribe.

Patricia Nieto, periodista.